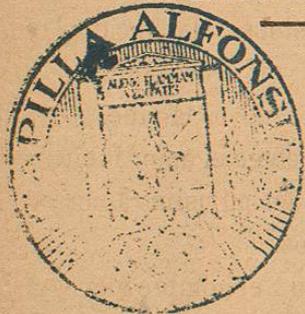


B418

M3

1892

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125263



MÁS SOBRE LA RELIGIÓN

I

La Religión pasó de moda.

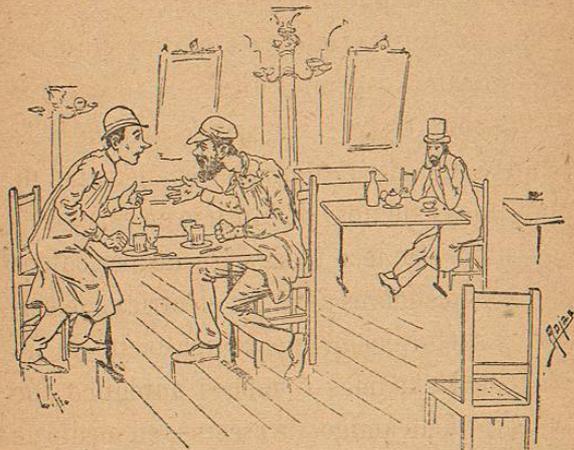
No soy aficionado á entrar en cafés, ni en casinos. Me encanta y enamora la vida de familia, y tengo para mí que el casino es la muerte del hogar doméstico, así como el amor ilícito y prohibido es la ruina del purísimo amor de la esposa y de los hijos.

Es cosa averiguada : el hombre que está muy á gusto en el café ó en la taberna, y allí mata el tiempo á fuerza de sabrosos tragos, está de monos en su casa y dado á todos los demonios, y allí mata á su pobre-cita mujer á fuerza de disgustos y de tragos amarguísimos. En el frontispicio de todos esos emporios de la civilización del día ha-

bría que escribir : «Esto ha matado á aquello.» Esto es el casino, el café, la taberna, el despilfarro y la francachela ; aquello la casa, la economía, el amor á la familia y á la vida doméstica, dulcísimo entretenimiento de nuestros mayores.

Pero, en fin, que tuve que entrar un día en un café á esperar á un buen amigo. Sabida cosa es que por pocos céntimos adquiere uno allí el derecho de disfrutar de mullidos asientos, de mirarse en espejos riquísimos, de leer toda clase de periódicos á los esplendores de la luz eléctrica, de sorber y saborear lentamente una tacita de licor de Moka más ó menos auténtico, de esperar á un amigo, de creerse, en medio de tanta grandeza, por algunas horas un gran señor, y luego... el derecho de aburrirse y darse á todos los diablos, y desesperarse al volver á casa y encontrar, si de un pobre obrero se trata, un candil en vez de bronceadas lámparas, polvo y telarañas por todo cortinaje, y una silla coja, y á lo más una mesa manca, en vez de mármoles y de divanes. Algunos obreros había allí gastando en pocos momentos el jornal de todo el día.

Mientras llegaba mi amigo, pedí la consabida taza de café. Púseme á saborearla, pero á los pocos instantes interrumpí la operación, vivamente excitada mi curiosidad por una escena sencilla pero intere-



Gastando en pocos momentos el jornal de todo el día. sante para mí, y que tenía lugar muy cerca de mi mesita de mármol.

Dialogaban con viveza y energía dos que parecían obreros, y que ocupaban dos asientos contiguos al mío. Aun sin deseo de escuchar su conversación, imposible evitarlo. Es costumbre entre ellos hablar siempre de modo que los oigan los sordos.

Los dos vestían blusa, y tenían cara de

buenos y de honrados. Sobre todo el más viejo ó menos joven parecía un San José bendito, á no verlo en sitios y lugares adonde no hubiera entrado San José. Ignoro por qué había entrado allí el tal obrero, pero sí certifico de que su aspecto noble, franco y limpio, sus modales cultos y finísimos para su clase, su manera de expresarse, que revelaba instrucción no común entre los suyos, hacían de él un tipo sumamente simpático, y casi me atrevería á decir que el ideal del obrero cristiano.

El otro no era antipático tampoco. Al través de sus ideas, que no eran suyas, y á veces de sus palabrotas brutales y enérgicas interjecciones, se veía ese fondo de honradez y de hombría de bien, tan común todavía entre nuestros obreros, á pesar de tantos inmundos papeluchos y elementos empuñados en convertirlos en furias del averno. Púseme con disimulo á escucharlos, y pude coger lo que copio. Decía el más joven:

—Mira, chico; desengáñate de una vez para siempre, y no me vengas hoy con tus sermones de cajón, que me parece á mí que tú naciste más para vestir capucha,

calarte el solideo y manejar el hisopo, las vinajeras ó la campanilla, que para andar de blusa y alpargatas, y habértelas con los telares y la lanzadera. Déjame á mí con la mía, y no me hables más de tus frailerías y beaterios, que eso de la Religión es cosa que huele ya á puchero enfermo, y, chico, no te enfades, casi casi me apesta. Por más que tú lo sientas y cuatro santurrones como tú, estamos en otros tiempos muy distintos de esos de Mari-castañas, en que tú vives como un bienaventurado. Lo dicen todos los días y en letras de molde, figúrate tú, *El Motín* y *Las Dominicales*, que saben lo que se pescan. La Religión se va, se va, chico, ó mejor dicho se fué; es asunto concluído. ¿Quién hace caso de ella? Las beatas incasables, las monjas y los frailes, y, claro es, los curas.

¿Con qué cocerían la olla las gentes de sotana si se apagase el fuego del Purgatorio?...

Pero los hombres serios... vamos, nos reímos de eso... La moda se impone... La moda es la reina del siglo XIX. ¿No es así? Pues bien: la Religión pasó de moda: la moda de hoy es la libertad y el libre pensamiento...

—Hombre, hombre, ¿sabes que discu-

rres hoy como un libro escrito... por el mismísimo demonio? Pero digo mal: tú no discurre; ése es un lujo que tus facultades no te permiten. Te contentas con repetir lo que oyes en esos maldecidos clubs, que ponen tu cabeza como olla de grillos, á cuatro badulaques que así entienden de Religión como yo de hacer dibujos...

— Entenderán ó no entenderán, que sobre eso habría mucho que decir. Pero tú no me podrás negar que lo que hoy priva es el comercio, la industria, y, sobre todo, ver de pasar estos cuatro días lo mejor que se pueda, y caiga el que caiga.

Y si no, echa una ojeada por todo el mundo. Fábricas, cuarteles, Bolsas, Bancos, ferrocarriles, toda clase de empresas y de adelantos. En todo eso se ocupan y se agitan los hombres; vé á los cafés, á los casinos, á los teatros, á cualquier parte en donde se gane ó se goce; no se cabe de pies. Escucha lo que hablan... El comercio, la política, el placer... Ni la Religión, ni Dios, existe para ellos, á lo más para despreciarlos y burlarse de esas cosas como de una antigualla que pasó... ¿Quién se acuer-

da de esas tontunas?... Nada, Pepe, lo que tiene importancia aquí es ponerse ricos, sea como sea, y luego...

— Y luego que nos parta un rayo. Pero, Pablo, vosotros discurrís como discurrirían los caballos, los perros y los gatos... si discurrieran. No discurrís; habláis como si no tuvieseis más que materia y cuerpo sin alma; como si eternamente hubiéramos de vivir aquí abajo; como si más allá de la muerte no hubiese nada, ni siquiera un Juez que nos espera á todos para dar á cada cual su merecido; como si no hubiera muerte, juicio, infierno y gloria...

— Siga su sermón el Padre. ¿A que no aciertas en qué te pareces á un capuchino?

— Te contestaré con un cuento, ó mejor con un sucedido. Viajaban en el mismo coche de un tren un Obispo y un librepensador. Éste, tan libre de lengua como de ideas, se atrevió á decir al Prelado: «Perdóneme Su Ilustrísima. Pero, ¿á que no me acierta en qué se parece un Obispo á un burro? No se desconcertó el Obispo ante semejante... par de coces, y le contestó sin iamutarse:—Mire Ud., nunca he pensado

en tales agudezas; pero debe ser algo así... como aquello en lo que yo que soy Obispo me parezca á Ud... No entendió la *indirecta* el ateo... y prosiguió triunfante... — Pues yo se lo voy á decir á Su Ilustrísima... Se parecen en que los Obispos llevan la cruz en el pecho y los burros en la espalda.—Perfectamente bien, — dijo el Prelado; — y sobre todo me espanta la finura del chiste. Ahora me toca á mí poner el acertijo. ¿Á que no me dice Ud. en qué se diferencia un burro de un ateo? Quedóse pensativo el hereje... No caigo, señor Obispo...—¿Es decir que no ve Ud. la diferencia?... Pues ni yo tampoco, replicó el Prelado, dejando al libre pensador pegadito á la pared y más quemado que una guindilla.»

— Pues eso te digo yo á ti, caramba; que no veo diferencia entre ti y un Padre capuchinó. ¿Estás, Pepe?

— Y ojalá no la hubiese. Pero hay muchísima. Lo sabes como yo. No soy ni capuchino, ni jesuíta, ni tengo nada de fraile ni de cura. Soy un obrero como tú, vivo de mi sudor como tú, me gusta en mis ratos de ocio ilustrarme y leer, y en vez de pasar

las horas muertas como tú, y cien mil como tú, en la taberna y en el club, donde os calentáis con el vino y los discursos la sesera, y gastáis en una noche el jornal de una semana, gusto más de comprar con mis ahorrillos libros sanos, morales y substanciosos, que me enseñan á ser instruído entre los míos, y, sobre todo, á ser honrado y á probar que un obrero, para ser bueno, necesita ser buen cristiano.

—¿Y qué más has aprendido en esos misales que ya te sabrás de memoria?

—Entre otras cosas, que lo que decías hace poco es una solemne majadería. Porque tú discurrías así. La Religión pasó ya de moda... luego es una paparrucha ó cosa así... luego no es verdad, ni hay que hacerle caso. ¿Es eso lo que tú decías? ¿He entendido bien tu dificultad, Pablo?

—Has dado en el clavo, y á ver cómo me aclaras eso, que está turbio.

—Pues mira, chico, para averiguar si una cosa es ó no verdad, no suele ser el mejor criterio estudiar si está ó no está de moda. De moda está en muchas partes el ser bribones, usureros, borrachos y libertinos,

y de ahí para arriba...; y no creo que tú vayas por eso á constituirte en panegirista del vicio, y á decir que la honradez es una filfa porque no encuentres un hombre honrado ó que no sea un tuno por un ojo de la cara.

¿Qué tiene que ver la moda con la verdad y con el verdadero valor que tienen en sí mismas las cosas? ¿Ó es que tú crees que si un día se pusiera de moda rebuznar ó andar á cuatro patas, ó decir que dos y dos eran cinco, tendríamos que convertirnos en cuadrúpedos, y decir que, en efecto, dos y dos no son cuatro?

Precisamente la verdad y la importancia de las cosas suelen andar á la greña con la maldita moda. ¿Qué es la moda? Lo ridículo, lo absurdo y lo tonto. Entre los señorones, los gorgoritos de los cómicos, músicos y danzantes, las suertes de los toreros, las tijeras del sastre, las pomaditas del peluquero..., y lo demás y peor que tú sabes, y que los trae á ellos tronados y sin un real y perdido al mundo. Y entre el pueblo, lo más irracional, lo más estúpido, eso es lo que vale... En Madrid estaba yo cuando

enterraron á una muchacha que no tuvo más habilidad ni más virtudes que haber sido una perdida y madre á los trece años. Tuvo un entierro como una reina.

¿Y no has oído hablar del perro *Paco*?

— Hombre, Pacos célebres conozco por los papeles...; pero al perro *Paco*...

— Pues un perrito que, por sus habilidades en la Plaza de Toros, llegó á ser más célebre que un ministro... ¿Y no has visto á los títeres esos, que se llaman capitanes no sé de qué, dar volteretas en el aire? Se despuebla el mundo por verlos. ¿Y tienen esos señores mucha importancia? Ni pizca, Pablo, ni pizca; y si tú examinas despacio las cosas, te convencerás de que á la verdad es lo único á que el mundo no da valor, y para que corra mucho una cosa y haya muchos que la crean y la defiendan, es preciso que sea una patochada y estúpida barbaridad.

Ya no soy niño, y estoy persuadido de que para un hombre que tenga sentido común hay mil que en vez de cabeza llevan una soberbia calabaza, que sólo les sirve para calarse el sombrero si lo tienen...

— Durillo está el sermoncito, Pepe de mi alma, pero veo que no te falta...

— No me falta, no, sino que me sobra la razón... Pero hay más...

— ¿Más todavía, caramba? Acaba pronto, que cuando tú te subes al púlpito...

— Sí, hay más, y es que yo te niego por completo que la Religión no está de moda en el sentido en que tú lo dices, esto es, en el sentido de que ya sea cosa de beatas viejas, y de curas y frailes, y que nadie en el mundo haga caso de ella. ¿Estamos?

— Sí, pero por San Job bendito que acabes pronto..., que tengo que hacer.

— Si la Religión es cosa pasada, ¿para qué estáis siempre hablando de ella? ¿Para qué es el tema obligado de vuestros discursos de energúmenos en los liceos, clubs y logias? Si está muerta, ¿por qué os espanta y os enfurecéis contra ella? Si no tiene importancia alguna, ¿por qué la hacéis tanto caso que no parece sino que tenéis siempre un cura ó un fraile montado sobre las narices? Si está muerta, repito, ¿por qué la queréis matar?...

¡Ah, Pablo, Pablo! Confiesa aquí inge-

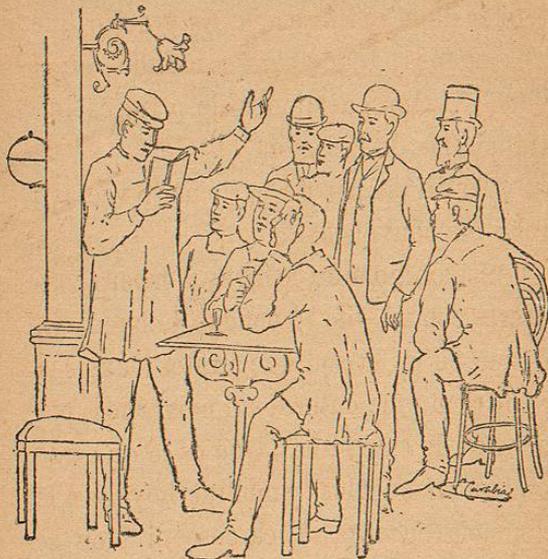
nuamente que si ha pasado de moda en el sentido de que muchos no vais jamás á la iglesia, y no tenéis de cristianos más que el bautismo, no ha pasado en el sentido de que se haya descubierto que sea una paparrucha. No; no ha pasado, Pablo, y su recuerdo, las verdades que os predica, son la espinilla que traéis clavada en el corazón, el remordimiento que no os deja sosegar. Y os da en rostro todo lo que huele á Religión, porque no os deja descansar en la espantosa tranquilidad del vicio, que es la tranquilidad que vosotros ambicionáis. Os molesta porque os reprende y amenaza, y os condena con sus doctrinas y sus ejemplos. Y no tenéis más argumento en contra.

Y como tú eres de los que se imaginan que todo lo que está en letras de molde, como tus perversos periódicos, es artículo de fe, para que no creas que lo que te he dicho es fruto de mi mollera, te voy á leer un trocito de un libro que viene aquí de molde, y parece escrito para ti. Oye.

Y aquí el fervoroso obrero, sin miedos ni respetos humanos, sacó un librito de muy pocas páginas, pero de mucha doctrina, y

leyó con varonil entonación lo siguiente :

«Decías tú : Nadie da importancia á las cuestiones de Religión , nadie piensa en eso. Toda la atención la roban los intereses ma-



El fervoroso obrero leyó con varonil entonación.

teriales , únicos positivos. El mundo es positivista. Te he hecho ver que , aunque esto fuese verdad , no probaría lo que tú supones. Pero no , no lo es ; no es verdad lo que tú te figuras ; no es verdad que nadie se ocupe de Religión ; no es verdad que nadie piense en ella más que los viejos , curas

y mujeres. Es falso que el mundo se ocupe sólo de intereses materiales. En esto , como en todo , cada uno ve los objetos del color de sus anteojos. Eres indiferente , y lo ves todo del color de la indiferencia. Es preciso que te desengañes , Juan ; para el mundo , en el siglo XIX , son cuestiones de primera importancia las de Religión.

—»Tú dirás : por mi parte no lo veo así , y dudo me convenzas.

—»Sí , amigo mío ; lo diré , y espero convencerte con tal que te pongas de buena fe. Sígueme en un paseo que juntos vamos á dar por el mundo entero , sin movernos , por supuesto , de este sitio. ¿ Qué es lo que trae revueltos los pueblos , y mohina hoy día á la diplomacia europea ? Poca cosa si bien se mira. Una mera cuestión religiosa. La del Pontificado. Unos para acabar con él , otros para defenderle , todos andan á vueltas con el Papa y con la cuestión de Roma. El mundo está conmovido por esta sola cuestión. Es cuestión religiosa. ¿ Tienen ó no importancia en este siglo las cuestiones de Religión ?

»¿ Has seguido con interés la marcha del Parlamento español en estos últimos años

»¿Cuáles han sido las sesiones más borrascosas? ¿Sobre qué puntos se han pronunciado los discursos más elocuentes y las más fieras invectivas? ¿Cuándo estuvieron más llenas las públicas tribunas? Repáralo bien: cuando se ha tratado una cuestión religiosa. Recuerda los debates sobre la libertad de cultos. Si no la hubiesen creído de importancia, no la hubieran tratado con empeño. Dime ahora: ¿tienen ó no importancia en nuestro siglo las cuestiones religiosas?

»Supongo que lees periódicos. Buenos ó malos, no hay uno de ellos que no trate cada día de Religión. ¿Por qué se ocupan de ella hasta los ateos? Porque dan, sin duda, mucha importancia á este asunto. ¿Se ocupan de los negocios del emperador de la China? No, porque nada les importan. Luego, aun en nuestro siglo y entre ateos, tienen importancia las cuestiones religiosas.

»Éntrate en una imprenta ó tienda de libros. Recorre aquellos estantes y almacenes. Obras de ciencias, artes, letras, diversión, etc., etc. Pero un sesenta por ciento de aquellas obras son obras de Religión. Obras combatiéndola, obras defendiéndola,

obras recomendándola ó explicándola; manuales de piedad, ejercicios devotos... ¿Por qué invierten su capital los libreros en tan abundante surtido de obras religiosas? Claro; porque esto, te responderán, es lo que se vende. Pregúntaselo á un librero. Te dirá que las obras que tienen más salida son las obras de Religión. ¿Tiene ó no importancia en este siglo la Religión?

»¿Has viajado poco ó mucho? Pues mira: en nada se ocupan tanto las artes como en asuntos de Religión. La Escultura vive principalmente trabajando sobre asuntos religiosos; la Pintura no cesa de dar cuadros y más cuadros sobre Religión; la Arquitectura se ve obligada á citar á cada paso, como los mejores modelos, los edificios religiosos. La Religión da vida, aun hoy, á todos los artistas. ¿Tiene ó no tiene importancia en este siglo la Religión?

»Entra en academias y ateneos. Apenas aciertan sus individuos á tratar otros puntos que los puntos religiosos ó ligados con la Religión. Entra en los clubs: el ciudadano orador más habla en ellos de los curas y de la Religión que de la república. Escu-

cha las conversaciones del taller. No hay grupo de trabajadores que no trate cien veces al día de estas materias. Hasta los romances de ciego hablan de Religión. Hasta en las cajitas de fósforos se ponen ataques contra la Religión. No puedo dar un paso sin que me salga al encuentro una cuestión religiosa. De suerte que entre los siglos de polémica religiosa figurará indudablemente como el principal nuestro siglo XIX. Y ¿te atreverás aún á suponer que no tienen importancia para nuestro siglo las cosas de Religión? ¿En qué se conoce, pues, la importancia de una cosa, sino en que se ocupen todos los entendimientos de ella, y hablen de ella todos los libros, y la revuelvan á derecha é izquierda todos los periódicos?

» De suerte que, mirando las cosas sin pasión y como son en sí, hallaremos que, por mucha que sea la tibieza y flojedad de muchos hombres tocante á las prácticas religiosas, nunca tal vez hubo menos *indiferentes* que hoy día. Hoy casi todos han tomado ya un partido, unos en pro y otros en contra; nadie se contenta con mirar tranquilamente la lucha; apenas hay más

que amigos y enemigos. ¿Y dirás que no se da importancia á la Religión?

»Nuestro siglo da, pues, mucha, mucha importancia á estas materias, y es lástima no se las des tú también como debieras ¹. »

La voz poderosa, y más aún la convicción profunda con que el católico afirmaba sus convicciones, habían avasallado por completo á aquel frívolo y abigarrado auditorio. Muchos de los concurrentes se agruparon alrededor de él, le oían con atención y respeto, y yo me marché diciendo para mí que así como los malos periódicos son la perdición del pobre pueblo, así hace una gran obra de misericordia el que por medio de buenos libros proporciona un antídoto á los ignorantes, pervertidos, envenenados, desmoralizados y engañados por las malas lecturas.

II

Si es verdad que la Religión sólo sirve para las mujeres.



ALIENTE majadería! ¿Si habrán descubierto esos señores que sólo las mujeres tienen alma inmortal, y que los

¹ SARDÁ: *Biblioteca ligera*.